

SOBRE EL ESTATUTO SOCIOPOLÍTICO DE LA CLASE EMPRESARIAL

RAFAEL ALVIRA*

La mundialización, un fenómeno de gran actualidad, ha colocado momentáneamente en una difícil situación el proceso de toma de responsabilidad social de directivos de empresas y organizaciones, experimentado de forma gradual en las últimas décadas. En la dura pugna por sobrevivir y prosperar en un mercado sin fronteras, opina el autor, no queda tiempo suficiente para elucubraciones sociales. La envergadura de los problemas que ya se presienten es, sin embargo, tan grande que obliga a una profunda y urgente reflexión, de la que no puede quedar ausente un aspecto tan decisivo como cuál debe ser el estatuto sociopolítico de la clase empresarial y directiva en este contexto.

Palabras clave: mundialización, directivo, empresa.

PERDÓNESEME que inicie este escrito de forma un poco provocativa. Lo que pretendo es, en todo momento, sólo provocar una mayor reflexión, y ojalá sea capaz de hacerlo. De ningún modo quiero ser agresivo. La vida no es fácil, de por sí, para nadie.

L NO SON MAYORÍA —particularmente en España— los dirigentes de empresas y organizaciones que reflexionan acerca del entrela-

zado complejo de aspectos y dimensiones que confluyen en la configuración de nuestra sociedad.

Es siempre un cierto misterio el que la mayor parte de los seres humanos viven en el olvido, en la despreocupación por las preguntas profundas acerca de su ser y del sentido de lo que hacen. Sin duda, una primera explicación de ese olvido es la indudable dificultad del asunto. Puestos ante lo difícil y probablemente inalcan-

* Rafael Alvira es Catedrático de Filosofía en la Universidad de Navarra.

zable, se cede, y adquiere primacía el interés por lo inmediato, por lo urgente y perentorio del vivir.

Si, además, ese sobrevivir no es tampoco fácil —como en la dura competencia actual sucede—, y, de otro lado, los avances en el descubrimiento e invención creativa de mejoras materiales inimaginables hasta hace muy poco tiempo absorbe nuestro interés, entonces no queda tiempo para la reflexión.

Y, sin embargo, alguien tiene que hacerla. De hecho, en cifras absolutas, no son pocos los que se ocupan de ello. Pero las consideraciones que vienen a continuación parten de una realidad dura: con las excepciones de rigor, los dirigentes se dividen hoy principalmente en dos grupos. Uno —el más numeroso— formado por los que buscan ganar o sobrevivir en un mundo cuya explicación última les interesa poco estudiar. Otro, el de los que piensan que ese estudio es interesante, pero no conduce a nada práctico: los cambios se hacen por la propia fuerza de los acontecimientos, no como resultado de ninguna libertad reflexiva. Dicho de otra manera, están, por una parte, los

que no quieren, y por otra, los que quieren pero no pueden.

Existe, con todo —además de las citadas excepciones—, un tercer grupo, en el que se alinean el pequeño número de cabezas pensantes y actuantes que dirigen las grandes empresas y la gran finanza mundiales. Ellos sí han visto la situación y se mueven para cambiarla.

La cuestión es si se han dado cuenta suficientemente de las dificultades inherentes a la situación social y personal propia de occidente desde hace más de dos siglos. Caso de que su planteamiento no fuese del todo correcto, la solución que ofrecen podría ser problemática.

2 UNA DIFICULTAD principal y bien conocida —en el ámbito de la persona y de la sociedad— con que tiene que habérselas occidente desde el período revolucionario se puede formular de modo simple con cuatro palabras: *crisis de la dirección, crisis de las "aristocracias"*.

Por "aristocracia" no se entiende aquí un conjunto de personas provistas de títulos nobiliarios, y ni siquiera —en referencia al origen griego de la

palabra— el conjunto de los “mejores”, o “excelentes”, como les llama también cierta literatura actual de cultura de la empresa.

Con el término “aristocracia” se apunta en esta líneas a una realidad humana fundamental: que, en cada orden de actividad, hay personas cuyo concurso es *imprescindible* para que otras puedan desplegar su vida. En ese sentido, son los mediadores básicos de todo funcionamiento y de toda cohesión social. O, dicho en otros términos, son los que tienen un poder para que la sociedad pueda *integrarse y progresar*.

Pueden ser los directivos de una empresa de cualquier tipo, los rectores y directores universitarios, los jueces, las jerarquías eclesiásticas, los padres de familia, etc.

Y la cuestión es la siguiente: es *imposible* que exista una sociedad desarrollada sin que haya un grupo numeroso y bien formado de ese tipo de personas, pero, desde la época citada, ese tipo de personas no existe *oficialmente*, o sea, *públicamente*.

Lo de público no se refiere aquí a que sean conocidos o no, sino a que sean reconocidos

en su papel político. Un directivo empresarial o bancario puede ser “importante”, “excelente” y muy conocido. Pero su función de mediación, es decir, su poder para *configurar* la sociedad, quizá es *aceptado* — en ocasiones lo es—, pero no es nunca reconocido como *institución pública*. Y ello por la simple razón de que la sociedad moderna no le concede más poder que el *privado*. El poder público pertenece en exclusiva al pueblo, es decir, en su implementación práctica, al Estado, que es quien lo representa gubernativamente.

Nos encontramos así con la paradoja radical de la sociedad de nuestros días: los que tienen el poder, no tienen el poder. Los “aristócratas” naturales de la sociedad, carecen de poder público en ella. Y la consecuencia fundamental no puede ser otra que aquella hoy —pero ya hace tiempo— claramente a la vista: el directivo —aunque no lo diga, y muchos ni aún lo comprendan— se siente *humillado*. Le gustaría quizá configurar, participar directamente en aquello que él en realidad hace, pero no puede. Y de la humillación se origina la respuesta: de un lado, se ve forzado a desentenderse de lo pú-

blico, a lo cual simplemente contribuye —con su pago de impuestos y entrega de ayudas—, para no sufrir males mayores, y, de otro, siente la inclinación de influir a pesar de todo, porque lo necesita él y se lo requieren los demás. El poder que no se le reconoce, lo obtendrá de otra forma. No le queda más remedio. Hay corrupciones, sí, derivadas de vicios personales. Muchas son simplemente estructurales. La situación fuerza a ello, y es así.

3 ES MENESTER ahora realizar un muy breve excursio histórico-filosófico. La revolución, a finales del siglo XVIII decidió terminar con la aristocracia. Y además el poder máximo y soberano debería residir no en un monarca, sino en el pueblo.

Así pues, y desde entonces, sobran como poderes públicos tanto el monarca clásico como los dirigentes “intermedios”, “mediadores” o “aristocráticos”. No queda más poder público que el del pueblo.

Ahora bien, el pueblo en las sociedades desarrolladas y demográficamente ricas no es nunca una unidad indiferenciada, sino más bien siempre una unidad articulada, y articu-

lada justamente por los dirigentes “naturales”, por las “aristocracias”. Basta un jefe indio para una pequeña tribu india. Pero eso no es viable hoy en occidente.

Para obviar esta dificultad, se acudió a un procedimiento peculiar, que, de un lado, usó la razón abstracta, y, de otro, se apoyó en un nuevo dogma.

El procedimiento consistió en mantener que, *independientemente* de las articulaciones sociales existentes, con sus “aristocracias” propias, en el orden familiar, económico, religioso, etc., había un orden político, que era el único público, y que se sostenía por sí mismo, pues se basaba en la voluntad del *pueblo*, el cual era aquí entendido como *conjunto de personas iguales*.

La abstracción consiste en declarar socialmente *iguales* a los que nunca lo son, lo cual no quiere decir que sean mejores o peores. El apoyo necesario para hacerla posible vino de un dogma: la inviolable *libertad* de cada ser humano. En esa libertad, al menos, pero también nada menos, todos somos iguales. El punto está en que tanto la igualdad como la libertad son fundamentales en el

ser humano, pero no es tan fácil saber con precisión qué significan y cómo son *realmente* viables

En concreto, esa libertad en la que se nos declara iguales, es “metafísica”, pero no social: está en otro plano. Para hacerla socialmente real, hacía falta crear un instrumento que pudiera “hacer real” la metafísica: fue el Estado de derecho. El es una gran creación del universalismo filosófico.

Tal Estado, con todo, en cuanto aparato formal, presupone como condición de posibilidad de su funcionamiento correcto el que exista de verdad un pueblo compuesto por personas iguales y que quieran compartir el mismo Estado. De lo primero se ocupaba la propia institución estatal, al garantizar la igualdad radical ante la ley y las irrestrictas libertades individuales, pero lo segundo era un problema. Un régimen político metafísico, basado en la universalidad de los derechos humanos, no posee en sí mismo un criterio para su división interna: ¿por qué tendrían que existir múltiples Estados, todos ellos de ciudadanos libres e iguales?

Dicho en otros términos: suprimidas las “aristocracias” como criterio de integración socio-política y residiendo el poder integrador en el pueblo mismo, no se vio otra solución que el dar luz, a velas desplegadas, al Estado Nacional. La nación era la clave para solucionar la dificultad. El Estado nacional era el conjunto de ciudadanos libres e iguales, unidos entre sí y separados de los demás, por su común pertenencia a una misma nación.

Pero más tarde o más temprano, tenían que hacerse presentes, en toda su agudeza, los problemas que esa solución llevaba consigo. Y, en efecto, la crisis del Estado nacional se ha hecho cada vez más evidente, a partir ya del desenlace de la “gran guerra”.

A AHORA SE PUEDE retomar la argumentación inicial, mediante una referencia histórica: el intento revolucionario de suprimir las mediaciones sociales, las “aristocracias”, no resultó, porque —como ya quedó dicho aquí— en una sociedad desarrollada eso es imposible. Lo que sucedió fue que cambió el carácter y el peso específico de cada una de ellas.

En el Antiguo Régimen —dicho de forma simplificada—, había, al menos, tres clases de “mediadores” sociales. De un lado, los secretarios y administradores del gobierno del monarca absoluto; de otro, los aristócratas terratenientes, y, de otro, el clero. Los primeros tenían principalmente cierto poder; los segundos, poco poder —pues las bases del Estado moderno se ponen ya en el Antiguo Régimen— y mucha propiedad; los terceros, influencia popular y el poder que derivaba de que aseguraban la unidad de lenguaje y las actitudes éticas del pueblo.

Esas tres clases reaparecen en el régimen democrático, con rostros nuevos. Los secretarios y administradores aumentan grandemente su poder —será la nueva clase política— y, además, monopolizarán la legitimidad de él. Sólo los que sirven al pueblo tienen poder político legítimo sobre él.

La aristocracia terrateniente desaparece como fuerza política, pero su lugar es ocupado por la “aristocracia” empresarial y financiera. Esta, a diferencia de la anterior, no tiene poder político legitimado alguno y, por ello, lleva a cabo la opera-

ción antes señalada: acepta su condición privada —lo que le deja libertad para dedicarse en exclusiva al negocio económico—, y ejerce su influencia política indirectamente, pero de forma notable.

La clase clerical, por último, es reemplazada por la nueva clase que asume —encarnándolas de modo distinto— sus funciones: son los periodistas, los hombres de los medios de comunicación. Esta clase también ve notablemente acrecentado su poder, en la medida en que busca presentarse como la voz de la soberanía popular. La elecciones, los “plebiscitos”, se celebran cada cuatro, cinco o seis años. Pero los medios de comunicación, aliados con los expertos sociólogos empíricos y con la potencia de los ordenadores, quiere ser portavoz diario de la voluntad popular.

Los comunicólogos configuran el lenguaje popular —lo que antes hacía el clero— y, sobre todo, forman las valoraciones morales populares. Antes un obispo condenaba en nombre de la ley divina; ahora condena un periodista en nombre de la soberanía popular. Es muy común incluso

la expresión: “la opinión pública condena...”.

En el Antiguo Régimen, al ser plural la legitimidad política, había fuero especial para monarca, aristócratas y clero. Hoy sólo tienen fuero especial los representantes oficiales, públicos, de la voluntad popular. Los periodistas lo han pedido varias veces, por ahora sin éxito. Son la voz del pueblo, sí, pero aún no la voz oficial.

5 LO QUE HA SUCEDIDO en los últimos decenios es que la “aristocracia” empresarial y financiera, que era la clase medial que se encontraba más cómoda en el nuevo régimen y en el Estado Nacional, se ha sentido cada vez más forzada y a disgusto. Su respuesta tiene, sobre todo, un nombre: globalización.

La clase empresarial y financiera sacaba ventajas de la operación política por la cual se suprimían oficialmente las “aristocracias”, operación en la que ella quedaba marginada. Ciertamente, no poseía poder político, pero eso le concedía, al mismo tiempo, la liberación de la responsabilidad política, lo que —más aún después de los tiempos de la guillotina— no era poca cosa. La influencia

política es mucho menos arriesgada que el poder.

De otro lado, el Estado Nacional ofrecía un mercado, también nacional, seguro y protegido. Además el Estado como aparato central no era muy fuerte, y los medios de comunicación todavía no estaban muy desarrollados.

En conjunto, la posición era cómoda, y sólo se vio ensombrecida por el paulatino crecimiento del peso político “popular”, encarnado por los movimientos obreros, y que potenció la máquina estatal hasta extremos insospechados.

En los años del gran auge socialista, en los que también se asistió al avance de la importancia de los medios de comunicación, la clase empresarial fue puesta casi contra las cuerdas, pero en los últimos desarrollos, cada vez más centristas, del “Estado de Bienestar”, se hizo patente que la iniciativa de la libre empresa era un factor básico del progreso y de la cohesión social.

La “aristocracia” empresarial, que había sido en parte marginada, en beneficio de la clase política estatal y de la clase periodística, vuelve a aparecer, con más fuerza que nunca, en

la figura de los nuevos directivos expertos en el “management” y en la “cultura empresarial”.

Se puede decir que el nuevo empresarismo ha sido un factor básico en la generación del clima que ha convertido en obsoleto y arcaico al viejo socialismo estatista. El intento del socialismo radical de dejar a la sociedad en manos de una única “aristocracia” —la “nomenclatura” socialista—, con unos medios de comunicación domesticados y una clase empresarial de asalariados del Estado, ha fracasado de modo espectacular. Y la explicación es fácil: la naturaleza se venga cuando es atacada. El socialismo radical desconoció la naturaleza de la sociedad desarrollada, que requiere múltiples mediaciones.

Lo que se entiende clásicamente por socialismo, ha terminado, y una prueba decisiva de ello es la actitud actual de los partidos socialistas, claramente favorable a la empresa libre. El socialismo busca ahora redefinirse por otras vías.

Socialismo, nacionalismo y estatismo radicales pertenecen al pasado —aunque transitoriamente en algunos lu-

gares “los muertos que vos matáis gocen de buena salud”— pero eso no ha asegurado suficientemente la posición de la clase empresarial. Y aquí está un problema de nuestros días que interesa ahora examinar.

6 EL PUNTO ESTÁ en que las bases *teóricas* filosófico-políticas no están claras y, unido a ello, tampoco está despejada la realidad *práctica*.

En la actualidad, los medios de comunicación y la clase periodística correspondiente no tienen representación oficial del pueblo, pero sí oficiosa. De hecho son casi aforados, y no es fácil proceder contra ellos, a no ser que cometan excesos retóricos graves. De otro lado, su influencia política es grande y abierta, con lo que *de facto* son un poder político. El sagrado e inviolable derecho a informar de todo, que les da una fuerza impresionante, lo fundamentan en que el poder soberano del pueblo no sería tal si este no conociese cualquier detalle que le fuera necesario. En efecto, sin información no hay *poder real* alguno, y, en sociedad, toda noticia puede ser útil para actuar ante lo que te afecta.

Así pues, cada vez más, la clase informativa asume un rol *específicamente político*, junto a la clase *política de administradores del Estado*. Pero con la clase empresarial no sucede nada parecido. Sigue siendo una clase "privada". Y la dificultad sigue.

Este problema ha sido percibido desde hace tiempo, ya en el mismo nacimiento revolucionario del Estado moderno. La respuesta *contrarrevolucionaria* fue, en el fondo, rechazar que la aristocracia de negocios fuese admitida como tal, lo cual no sólo era una solución ahistórica, sino también antinatural, todo lo cual hubiera debido ser insostenible para ellos. El *organicismo político* intentó, por su parte, una y otra vez, al menos desde el primer tercio del siglo XIX, con los escritos de Schelling, resolver el problema dentro de las coordenadas democráticas, mediante el recurso a la concesión de status político a los dirigentes sociales de los diversos sectores, entre los que estaba el "sector económico". Pero el *organicismo político* no consiguió ofrecer ninguna fórmula suficientemente buena. No fue viable.

Un inicio de solución se ha ido dibujando en los últimos decenios. Los dirigentes empresariales nuevos, ante el crecimiento del nivel económico y cultural de la población, y bajo el impulso de los avances rapidísimos en materia científica y técnica, todo lo cual despliega una complejidad inusitada, comprenden que no pueden manejar la empresa de modo simple, ni dejarla atascada por los enfrentamientos entre propietarios y obreros. Una nueva cultura empresarial está naciendo, en la que se diluyen en buena parte las tensiones capital-trabajo en favor de la tecnocracia directiva y la sociedad del conocimiento, y en la que —aquí está la clave— los dirigentes de las organizaciones empiezan a tomar cada vez más conciencia de que tienen que ocuparse mucho más de la configuración social, pues las mejoras que buscan para la empresa dependen en muy buena medida del estado social dentro de la empresa y fuera de ella.

En este momento, el empresario descubre de forma creciente la importancia de lo social, de pensar y actuar en red, de cooperar, etc. Es decir, se siente como un factor decisivo

dentro de lo que ha sido el mejor anhelo de los últimos decenios: la construcción de una auténtica *sociedad civil*.

Si el “Estado de bienestar” tiene los años contados, como se sabe, aunque no se diga, y quizá está bien que los tenga, pues produce una sociedad de ciudadanos desresponsabilizados, ahora hace falta que alguien se haga cargo de la sociedad. Y no pueden ser sólo los políticos y periodistas, pues entonces no cambia nada.

✠ ✠ ✠

Tradicionalmente, en la sociedad había personas que se ocupaban de sí mismos y de los demás: eran los nobles gobernantes y el clero (por eso, el pueblo rechazó al noble y al clérigo que sólo se ocupaba de su propio beneficio). Y había personas que se dedicaban a sus propios asuntos —gente que vivía en el privatismo— y que se encuadraban dentro de la gran clase económico-burguesa o económico-popular. Alguna gente enriquecida recibía títulos de nobleza por razones de interés, pero no porque se les considerase servidores de la sociedad.

Desde esta manera de concebir las cosas se entiende, a su

vez, el rechazo continuo del empresario a concebir la empresa como una *institución* de la sociedad, dado que las instituciones son una realidad social de carácter público, y la empresa lo único de público que para ellos tenía, era el hecho de ser conocida públicamente.

Esta filosofía es la que —empujados por las nuevas realidades y por su propia excelencia— han querido cambiar los mejores directivos empresariales de los últimos decenios. Han visto, por un lado, que no podían considerar a los que trabajaban en la propia organización como meros asalariados bajo contrato, sino como colaboradores y copartícipes en una tarea común; y se han aplicado a comprender a fondo los detalles humanos de la estructura interna empresarial. De otra parte —y este fue el último gran paso— fueron cada vez más conscientes de la implicación de la empresa en el *todo social*. Como consecuencia, se empezaron a hacer cargo en mayor medida que antes de su responsabilidad social a todos los niveles, y no sólo al económico. En otros términos: comenzó a no ser tan claro que la única responsabi-

lidad del empresario fuera contribuir al bien social a través del crecimiento económico.

Y, además, cada vez más seguros de la importancia de su aportación y de la valía intrínseca del nuevo "management", sienten como un lastre *precisamente para el avance social que ellos están gerenciando*, los modos de la vieja política y la influencia desmesurada de los medios de comunicación.

7 QUIZÁ NUNCA, desde hace más de dos siglos, había una esperanza y unas expectativas como las que la maduración de la sociedad civil, en buena medida bajo la guía de los nuevos "managers", habían propiciado. Pero todo parece indicar que, si bien no ha descendido la fuerza de las nuevas realidades y la calidad de los nuevos dirigentes, el proceso se encuentra en un cierto *impasse*. La causa de ello es bastante clara, y está en que no se quiere, no se sabe o no se puede, adaptar y mejorar la estructura sociopolítica básica, de manera que todo intento de reforma profunda se diluye en gestos externos, maquillajes y superficialidades.

El ejemplo más explícito lo encontramos quizá en los re-

cientes sucesos acaecidos en Italia, pero se ven muchos signos del mismo orden en otros países. La palabra mágica que sintetiza el problema es: *corrupción*.

Esta puede ser de muchos estilos, pero hay una estructura básica: el mundo económico, que sigue siendo estrictamente privado y sin responsabilidades públicas, "controla", sin embargo, a los otros dos mundos —el de la clase política y el de la periodística—, al tiempo —paradoja hegeliana— que depende de ellos.

Es decir, y como se apuntó antes, que de las tres clases mediadoras en la sociedad, sólo la primera —Estado— es oficialmente pública, pero la segunda —Medios de información— lo es oficiosamente, y la tercera —Empresas y Organizaciones— sigue siendo privada. Esta disfunción congénita, está especie de "pecado de lesa naturaleza de la sociedad", es la que explica el porqué de la corrupción. El que no es abiertamente reconocido, responde con una estrategia doble: de un lado se desresponsabiliza, puesto que le han quitado la responsabilidad, y, de otro, influye. Porque además, los otros vienen a pedirle, a exigirle. Y

no toda "corrupción" es culpable. Las hay forzadas.

✠ ✠ ✠

Sociedades peores que la presente ha habido muchas, o quizá todas las anteriores. Volver atrás carece del menor sentido. Corrupción siempre ha habido, y, de otra parte, también hoy son muchos, en todos los niveles de la sociedad, los que no son corruptos. Pero lo que aquí a este respecto se quiere decir son dos cosas: una, que es menester identificar *el tipo* de corrupción que hay en cada momento, para intentar combatirlo adecuadamente; y otra, que siempre es preciso analizar la situación en que se está, para buscar la mejora posible.

En Italia, como en otros países, una parte de la corrupción se debe a la actividad incorrecta o a los vicios de determinadas personas individuales. Pero el error, ya cometido en ese gran país, es considerar que ahí empieza y acaba todo, o que, todo lo más, hay que dar algunas leyes más duras para evitar en lo posible los desmanes vividos.

Lo que va a suceder, en Italia, como en los demás países, es que tras un periodo de

mejora transitoria debida a la presión de las circunstancias, se volverá a lo de siempre, porque la estructura básica no ha cambiado. Y los mejores dirigentes empresariales trabajan con ánimo pero ya sin esperanza.

8 LA RESPUESTA MÁS fuerte, y también más arriesgada, al *impasse*, antes mencionado, de la situación, es la puesta en marcha del proceso globalizador. Lo que él realiza —aparte de muchas otras cosas que no son aquí al caso— es un cierto dominio del "mundo económico" y empresarial sobre la política y los medios de comunicación.

La victoria no consiste en que, de una forma clara, los directivos multinacionales y transnacionales asuman responsabilidades sociopolíticas, y se coloquen de ese modo al nivel de las otras dos "aristocracias". Consiste, más bien, en que, al no haber políticos y periodistas multinacionales, los que hay quedan *ipso facto* particularizados, es decir, por debajo en extensión y al mismo nivel en cualidad que los directivos multinacionales. Ningún político de una nación particular tiene la representación política multi- o transnacional. El re-

sultado es que su actividad, en relación con el ámbito multinacional, es privada o cuasiprivada. Y lo mismo pasa con los informadores.

Hay múltiples indicios de que la situación adquiere, cada día más, esos trazos. Son los presidentes de la mayor parte de los países del mundo los que van a visitar a los presidentes de las multinacionales, y no al revés. Y, de otra parte, las multinacionales se ocupan, cada vez más, de la configuración política de los países, lo cual no es un fenómeno completamente nuevo ahora, pero que en el presente es más marcado.

9 SE PUEDE DECIR que la alta burguesía, que creó el Estado Nacional, ahora se deshace de él o, más bien, lo deshace. Pero también se puede afirmar que el concepto de soberanía popular, sobre el que se basó el nuevo Estado, no era suficientemente ajustado, pues una cosa es defender la nobleza de lo popular, el valor de la libertad individual, el profundo aprecio y respeto por cada persona, sin discriminación alguna, la atención al progreso social y material, etc. —todo lo cual es básico—, y otra afirmar

sin matizaciones que el pueblo es soberano. El problema ahí es saber exactamente qué significan, al respecto, pueblo y soberanía.

Estos aspectos requieren consideración aparte, pero aquí se puede adelantar que el *mundo global*, por lo pronto, *carece tanto de pueblo como de soberanía*. Ni la ONU ni el Tribunal de Derechos Humanos pueden arreglar esto, aunque a veces se pretenda jugar con ellos.

El Estado es un mecanismo de protección. Al débil le interesa fortalecerlo. En una economía y mercado *internacionales*, bastaba una protección nacional conectada con organismos internacionales. Pero cuando, como ahora, la economía ya no es *internacional*, sino *global*, la política no se puede mantener en un estado de internacionalidad. Dicho en otros términos: existe una amenaza cierta, y en un plazo no muy largo, de que se solicite un Estado mundial. ¿Quién defenderá, de otro modo, al débil, en la nueva situación?

Es indudable que las pequeñas organizaciones protectoras —regiones, municipalidades, etc.—, van a jugar un

papel cada vez más relevante, pero es un engaño pensar que esto puede solucionar el problema. Mucho menos aún se puede resolver con la fragmentación nacionalista en pequeños Estados. El nacionalismo puede durar un tiempo, si hay quien quiere mantenerlo y encuentra posibilidades, pero esencialmente es ya un fenómeno del pasado.

Ahora bien, el “mundialismo” es un fenómeno dudosamente deseable —un Estado mundial es un monstruo de proporciones gigantescas— y, sin embargo, no va a ser tan fácil de evitar si las cosas siguen como están.

Marx pedía la unión de los proletarios de todos los países en una gran *Internacional*. La próxima izquierda va a pedir algo más. A no ser que los principales *responsables* —y esto va dicho de forma positiva, pues hacen falta responsables— de la sociedad actual, se decidan a reflexionar quizá un poco más sobre las consecuencias de lo que está pasando. Y a pensar si no habría que retocar y mejorar algo en la filosofía política y económica vigente.

10 INTERESA subrayar, al final de estas consideraciones, que el proceso magnífico de toma de conciencia de responsabilidades sociales que llevó a los directivos de empresas y organizaciones a ser pieza cada vez más relevante en el crecimiento de la sociedad civil, queda momentáneamente en entredicho, o en dificultades, con la globalización. En la dura lucha del mercado abierto mundial, no queda tiempo para contemplaciones ni afinamientos sociales.

Pero los problemas que se avecinan son tan serios, que cabe esperar —y desear— el advenimiento de una reflexión amplia, profunda y detallada, llevada a cabo por todas las fuerzas sociales en presencia, para prever y para obviar en lo posible las dificultades. Y esa reflexión ha de fijarse, entre otros, en un punto decisivo al que en estas páginas se ha querido prestar atención, a saber, cual deber ser el estatuto sociopolítico de la clase empresarial y directiva de organizaciones.

11 POR ELLO, no es inútil que haya instituciones —como

el Instituto “Empresa y Humanismo”— dedicadas a la tarea de intentar poner más claramente de manifiesto

porqué esa clase tan destacada y tan vital, ha de poseer una formación sociopolítica y humanística cada vez mayor.

